

Reciente bibliografía cortazariana

Tres son los libros que actualizan el nombre de Julio Cortázar y los tres, tan peculiares, presentan de novedoso y de común el hecho de que no son estudios especializados en los resortes y en la mecánica que nacen de su obra, sino que exploran el Cortázar humano¹. El de Mario Goloboff, es la primera biografía que se publica del autor de *Rayuela*; la recopilación de cartas que realiza Mignon Domínguez, recoge al narrador argentino en su epistolario con María de las Mercedes Arias en 1937; y el tercero, a cargo de Nicolás Cócaro, recupera la figura del Cortázar jovencísimo cuando ejercía de pro-

¹ Julio Cortázar, la biografía, Mario Goloboff, *Seix Barral*, Buenos Aires, 1998, 333 páginas. Cartas desconocidas de Julio Cortázar, Mignon Domínguez, Edit. Sudamericana, Buenos Aires, 1998 (2ª edición), 297 páginas. El joven Cortázar, Nicolás Cócaro, Cecilia Noriega y Pío Clementi, Ediciones del Saber, Buenos Aires, 1993, 134 páginas. Añado El París de Rayuela (homenaje a Cortázar), Héctor Zampaglione, Edit. Lunwerg, Barcelona, 1997, 122 páginas. Espléndido libro en el que Zampaglione recorre y sitúa en un plano con 70 fotografías los rincones del París de Oliveira y la Maga.

fesor en el Colegio Nacional de Bolívar y en la Escuela Normal Domingo Faustino Sarmiento, de Chivilcoy, apenas una década antes del peronismo.

El libro que ha escrito Goloboff, poeta y novelista que vive entre París y Argentina, es un trabajo muy recomendable. Consigue situarnos desde la infancia de Cortázar en Banfield, Buenos Aires, en el niño enfermizo y solitario que habla francés y apenas sabe castellano tras su llegada de Bélgica; el escritor solipsista del París de los cincuenta despreocupado de la realidad plana, o el escritor comprometido en su madurez con la causa de los derechos humanos (Tribunal Russell) y con la Cuba de Castro. Sus relaciones con Aurora Bernárdez, Edith (la Maga), Ugné Karvelis y Carol Dunlop, hasta su muerte en la helada mañana del 12 de febrero de 1984. Sin embargo al seguidor de Cortázar, el auténtico cortazariano, el lector que conoce a Cortázar y que esperaba desde hace años *la biografía*, es un libro que le sabe a poco. Demasiado telegráfico, demasiado producto de laboratorio. Un libro que sólo le descubre determinados datos. Tampoco hay un aporte sorpresivo de fotografías.

La validez radica, de cualquier manera, en la circunstancia de que Goloboff ha sabido sistematizar centenares de esos datos que estaban dispersos en múltiples entre-

vistas ajenas realizadas al propio Cortázar. Lo débil del volumen proviene, desde mi punto de vista, del escaso trabajo de campo. Esa es la sensación que nos llega a quienes ya habíamos leído, por ejemplo y por citar sólo algunos, los libros de Omar Prego y Ernesto González Bermejo, sin olvidar las referencias a Saúl Yurkievich, Jaime Alazraki, Joaquín Marco, Ivar Ivask, Elena Poniatowska, Andrés Amorós o Joaquín Roy. Dicho eso, insisto: es un texto necesario. Pero, como digo, en el recorrido muchos interrogantes quedan sin respuesta; valgan tres a vuelapluma: ¿Qué ocurre con el padre de Cortázar, cuya ausencia sin duda condiciona buena parte de su relatos? ¿quién es y qué ha sido de esa Edith que es aceptada como la Maga? ¿cuál es la causa de la muerte del escritor? Goloboff se refiere al padre de Cortázar, pero despacha la cuestión rápidamente; de Edith nos la describe, pero no logra saber cuál es su apellido. En cuanto a la muerte de Cortázar, habla de leucemia, aunque deja abierta el rumor de una contaminación de Sida derivada de su convivencia con Dunlop o «No faltan, tampoco, quienes deslicen (cosa que ahora suele estar de moda en coloquios y conferencias) comentarios e hipótesis sobre supuestas prácticas homosexuales del mismo Cortázar» (p. 285). Con todo va a ser una biografía bien

recibida porque rellena un espacio que exigía ser cubierto ahora, casi a quince años de la muerte del escritor.

El segundo volumen a que hacemos mención es un libro de cartas. En 1937 Cortázar conoció a María de las Mercedes Arias, profesora de inglés, en Bolívar, donde trabajaban ambos. Entre ellos nació una amistad que, epistolariamente, se mantendrá más allá de la estadía de Cortázar en Mendoza, en cuya universidad impartió cursos de literatura inglesa y francesa hasta que, en 1944, regresó a Buenos Aires donde trabajó como director de la Cámara Argentina del Libro.

La colección de cartas que ha organizado la profesora Mignon Domínguez, quien actualmente ejerce su cátedra en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad Tecnológica Nacional, es un auténtico «testimonio de ideas, sentimientos, pasiones; hay pocas alusiones al amor, sí muchas a la amistad, a la poesía, a los libros, autores preferidos, lugares visitados» (p.15). El libro, con una sólida estructura introductoria, que abarca las facetas cortazarianas (el jazz, la visión del lector, el tema de la muerte, el enfoque de la Segunda Guerra Mundial, viajes, la amistad, la bibliogula de Cortázar), resulta de un gran atractivo por saber situarnos ante la idea del

mundo que tiene el escritor de veinticinco años. Visión del mundo, retrato de Cortázar, radiografía de los antecedentes que reaparecerán en la posterior producción de este autor.

En cuanto a la conformación de las 24 cartas, ahí encontramos a Cortázar. Si uno quiere localizar el pulso del narrador relajado, el lenguaje vivo, los modos de expresión voluntariamente impermeables respecto a la preceptiva al uso (modos que en el posterior Cortázar se acentuarán hasta cotas mágicas), aquí lo tenemos: «Decidí quedarme en Chivilcoy a pasar el week end (...), tengo dos novelas de Ellery Queen (*The American Gun Mystery* y *The Roman Hat Case*); poemas de Salinas y de León Felipe, la fascinante historia del Renacimiento de John Aldington Symonds; una bella edición de Virgilio, *Le grand Meaulnes* y mis gramáticas alemanas. Se puede pasar un rato con todo eso, ¿no?» (p. 263). Julio Cortázar (en esta época aún Julio Denis, abandonado ya el nombre de Florencio) emerge en estas cartas y da cuenta de cuál es su aspiración en la vida: «Mendoza -que creo usted conoce- es una bella ciudad, rumorosa de acequias y de altos árboles (...). No le negaré que siento -casi físicamente- los 1000 kilómetros que me separan de Buenos Aires; pero de algo ha de servirme ahora mi prolijo, minucioso

entrenamiento para la soledad» (p. 268). Es un libro indispensable para complementar la bibliografía de Cortázar.

Por último *El joven Cortázar*, de Nicolás Cócara, quien inició su actividad literaria en Chivilcoy, junto al mismo Cortázar y Domingo Zerpa. El índice del volumen reúne diecisiete aportaciones, desde el conocido escrito de Borges de 1984, en el que relata cómo un joven desconocido cierto día se acercó con un cuento titulado «Casa tomada» a la redacción de *Los Anales de Buenos Aires*, que dirigía Sarah de Ortiz Basualdo y en la que Borges actuaba de secretario, con la intención de que fuese publicado (el cuento sería ilustrado por la hermana de Borges, Norah, ilustración que no acabó de agrandar del todo a Cortázar por el tratamiento excesivamente gótico de la casa), hasta testimonios de compañeros chivilcoyanos (José María Grange) o bolivarianos (Marcela Duprat) o escritos del propio Cócara en los que se aproxima al recuerdo del poeta y del narrador.

Tres títulos, pues, imprescindibles para quienes sigan la trayectoria de Cortázar y necesarios para quienes se sientan atrapados por la persona y la obra del gran escritor argentino.

Miguel Herráez

Los libros en Europa

La depuración 1943-1953, *Herbert Lottman, traducción de Mauro Armiño, Tusquets, Barcelona, 1998, 547 pp.*

Lottman, paciente neoyorkino radicado en París —como en un ejemplo más de los *roary twenties*— ha reunido materiales sobre la historia de Francia en nuestro siglo y de ellos han salido libros de tan jugosa lectura como la biografía de Pétain, *La Rive Gauche* y *La caída de París*, y relatos de vida hechos con felicidad notable (el de Colette) o menos notable (el de Camus). Toca ahora el turno a la depuración que siguió a la liberación del país.

Con su habitual objetividad, a veces teñida de un color impasible (herencia de otro biografiado suyo, Flaubert), Lottman expone la minucia de su constante buceo en archivos, hemerotecas y entrevistas personales. Examina los procesos depuradores, las comisiones especiales, la actitud del gobierno provisional, para señalar los castigos y abusos que, en este episodio como en todos los históricos, se dan cuando hay pasiones vengativas en juego, oportunismos, manipulaciones políticas y el estallido del sangriento azar de las guerras.

La investigación lottmaniana rebosa probidad y cae en extensio-

nes prolijas que agobian a quien las lee, provocando el recuerdo de otros relatos del autor, tensos de pulso narrativo (la caída de París es una angustiosa novela de *suspense*). Pero vaya lo uno por lo otro, la lectura ágil y la morosa consulta.

Dos coletillas surgen del libro: el talento político de De Gaulle, que se sacó de la manga una Francia honorable y resistente, y la guerra civil larvada que fue la ocupación alemana, una guerra civil que los franceses empezaron en 1789 y vivieron a saltos en el 48, en la Comuna y en la gran sacudida nacional que promovió el proceso a Dreyfus. Disimulo, perdón y olvido siguieron a la tristeza magullada de la derrota y a la melancolía de la liberación humeante de ruinas y cadáveres. Tales son los alimentos terrestres de la historia.

Autobiografía, *Norberto Bobbio, edición de Alberto Papuzzi, traducción de Esther Benítez, prólogo de Gregorio Peces-Barba, Taurus, Madrid, 1998, 299 pp.*

Cercano a los noventa años (nació en 1909), Bobbio ofrece estas páginas autobiográficas completadas por una serie de oportunos docu-